

EMOCIONES MIXTAS Y CONDUCTA DE RIESGO¹

PILAR CARRERA*, AMPARO CABALLERO, FLOR SÁNCHEZ Y AMALIO BLANCO
Universidad Autónoma de Madrid

ABSTRACT

This research explores the role played by a mixed emotional experience on predicting a specific risk behavior (*getting into a vehicle knowing that the driver has drunk excessive alcohol*). These emotions could be different than the evaluative component of an attitude. A sample of young people with experience in this risk behavior remembered to have felt two opposite emotions (happiness and fear) before, during and after performing it. This mixed emotional experience and attitude are the best predictors of behavioral intention. Our results indicate the importance of considering emotional experience as a moderator between attitude and behavioral intention.

Key words: mixed emotions, risk behavior, attitude.

RESUMEN

En este trabajo se explora el papel que la experiencia emocional mixta juega en la predicción de una conducta de riesgo (*viajar en un vehículo sabiendo que el conductor ha bebido*). Estas emociones se pueden diferenciar del componente evaluativo de las actitudes. En una muestra de jóvenes con experiencia en la práctica de esta conducta de riesgo, observamos que recordaban haber sentido emociones de valencia opuesta (alegría y miedo) antes, durante y después de realizarla. Esta experiencia emocional mixta, junto

Continúa ⇨

¹ Este trabajo ha sido financiado con el proyecto de investigación "Conductas de riesgo en la población juvenil: la situación social, emoción y cognición" (BSO 2000-0113).

* Correspondencia: PILAR CARRERA, Cantoblanco, 28049 Madrid. E-mail: pilar.carrera@uam.es

Continuación §

con la medida de actitud, son los indicadores que mejor predicen la intención de repetir la conducta en el futuro. Los resultados señalan que la experiencia emocional podría estar actuando como variable moderadora de la influencia de las actitudes sobre la intención conductual.

Palabras clave: emociones mixtas, conducta de riesgo, actitud.

INTRODUCCIÓN

En el campo de la psicología social encontramos una ingente investigación sobre el papel de las actitudes en la prevención y explicación de las conductas, incluidas muy especialmente las conductas que suponen un peligro para la salud individual y colectiva, como son las conductas de riesgo. La mayoría de estos trabajos se han fundamentado en el concepto de actitud y, más en concreto, en el papel que le otorgan la teoría de la acción razonada (TAR de Fishbein y Ajzen, 1975; Ajzen y Fishbein, 1977; Fishbein, 1980) y la teoría de la conducta planificada (TCP de Ajzen, 1988, 1991). La producción científica en esta área permite en la actualidad llevar a cabo metaanálisis que dan cuenta de la relevancia de las aportaciones hechas desde esta perspectiva (véanse Albarracín, Jonhson, Fishbein y Muellerleile, 2001 para el caso del uso del preservativo). Aun siendo muy fructífera, la investigación sobre actitudes no agota las posibilidades de predicción y explicación de las conductas, y mucho menos la de las conductas de riesgo, ámbito en el que se ha cuestionado el modelo de sujeto racional sobre el que se apoyan (Blanco, Sánchez, Carrera, Caballero y Rojas, 2000).

Las limitaciones que se encuentran en la predicción de la conducta tal vez puedan tener que ver con el escaso cuidado que se ha puesto en los factores que no se ajustaban al enfoque cognitivo, como es el caso de la experiencia emocional. Un ejemplo de esta falta de precisión lo encontramos en la muchas veces incorrecta diferenciación entre actitudes y emociones; la

distintividad de estas últimas pasa inadvertida en numerosas investigaciones y suele ser subsumida en las escalas que miden el componente evaluativo de las primeras (véanse Ajzen y Fishbein, 2000). Sin embargo, considerar de manera independiente actitudes y emociones puede abrir interesantes posibilidades de estudio. Esta idea ya se ha explorado en la investigación sobre la influencia de la experiencia emocional en el procesamiento de la información (véanse Ajzen y Fishbein, 2000; Cacioppo y Gardner, 1999; Eagly y Chaiken, 1993). Paralelamente, es necesario explorar el papel que la idiosincrasia del fenómeno emocional, con independencia de su relación con las actitudes, juega en la predicción y explicación de las conductas.

La frontera entre actitudes y emociones no ha sido considerada siempre con la misma claridad por los investigadores. Para algunos (Giner-Sorolla, 2001; Russell y Feldman-Barrett, 1999) se trata de fenómenos relacionados pero absolutamente diferentes; para otros, sin embargo, los solapamientos, especialmente en el substrato neurofisiológico que las determina, permiten considerar las diferencias como una cuestión sólo relacionada con el nivel de intensidad (p. ej. Cacioppo y Berntson, 1994), o dependiente del tipo de referente (p. ej. Larsen, McGraw y Cacioppo, 2001). En este trabajo no vamos a profundizar sobre esta polémica pero sí tenemos que definir nuestra posición en la misma. Nuestro principal interés reside en conocer, por una parte, el papel que la experiencia emocional tiene en la realización de conductas de riesgo; para ello consideraremos que emociones y acti-

tudes no son el mismo fenómeno y que aunque ambos tipos de información son relevantes y tienen que considerarse complementariamente, no deben confundirse. La experiencia emocional vivida al realizar una conducta o estar frente a un determinado estímulo o situación puede hacer que no se tengan en cuenta las consecuencias que racionalmente se asocian a esa conducta.

En no pocas ocasiones, en especial en las conductas de riesgo que socialmente son rechazadas, las personas describen actitudes negativas hacia el riesgo sin que ello implique que dichas conductas no se realicen (Sheeran, 2002). En trabajos previos sobre conducta sexual sin preservativo (Sánchez, Carrera, Caballero, Blanco y Pizarro, 2001) y sobre la conducta de viajar en un vehículo sabiendo que su conductor ha bebido alcohol en exceso (Caballero, Carrera, Sánchez, Muñoz y Blanco, 2003) hemos analizado cómo la experiencia emocional vivida y recordada mejoraba el nivel de predicción de la intención de volver a repetirlas. En esos trabajos hemos visto cómo la información contenida en las medidas de actitud no se solapaba por completo con las emociones informadas, de manera que la exploración de ambas parece necesaria. En la misma perspectiva, un reciente trabajo de Whitten, Rein, Land, Reppucci y Turkheimer (2003) ha mostrado que en la conducta de prevención de enfermedades de transmisión sexual, los factores emocionales presentaban mayores pesos en el diagnóstico de estas enfermedades que variables tradicionales como la edad de comienzo de las relaciones sexuales con penetración, o incluso el uso del preservativo en los meses previos al diagnóstico.

Los afectos asociados a la realización de conductas sobre las que se tienen actitudes negativas supone muy probablemente una experiencia emocional compleja. Igual que ocurre con las actitudes, tener en cuenta conductas que tienen consecuencias positivas y negativas, como son la mayoría de las conductas de riesgo, plantea considerar la posibilidad de que aparezcan emociones de distinta valencia. En nuestros tra-

bajos previos (Sánchez, *et al.*, 2001; Caballero, *et al.* 2003) los datos apuntaban a dos emociones opuestas experimentadas al realizar conductas arriesgadas: la alegría y el miedo. En este trabajo nos centraremos en la compleja relación entre ambas y sus consecuencias sobre una conducta de riesgo específica (montar en un vehículo sabiendo que el conductor/a ha bebido alcohol en exceso).

Sabemos que la mayoría de las conductas de riesgo y protección de la salud se asocian tanto con consecuencias positivas como negativas. Unas veces tanto los efectos positivos como los negativos se presentan en un intervalo breve de tiempo (p. ej. dormir entre 7-8 horas por noche es una conducta de protección que beneficia la salud a corto plazo pero dificulta realizar más actividades nocturnas que podrían ser atractivas; conducir bebido es una conducta de riesgo que si bien puede asociarse a pasar un buen rato puede igualmente a corto plazo implicar un accidente); en otras ocasiones, sin embargo, un tipo de consecuencias se presentan a corto plazo mientras que las de signo contrario se presentan a medio o largo plazo (p. ej. dietas bajas en colesterol pueden no resultar agradables de forma inmediata, pero sus consecuencias a largo plazo son positivas; sexo sin preservativo puede asociarse a mayor placer en el momento de realizarlo pero puede tener consecuencias negativas a medio o largo plazo como un embarazo no deseado o una enfermedad). Este tipo de conductas en la investigación sobre actitudes se caracterizan por presentar elevados índices de "ambivalencia actitudinal" (véase Conner y Sparks, 2002). Este concepto no es nuevo (p. ej. Scott, 1969; Kaplan, 1972); sin embargo la investigación sobre su impacto en las actitudes está siendo foco de atención actualmente en temas como la estabilidad de las actitudes (p. ej. Wilson y Hodge, 1992; Conner, Sherlock y Orbell, 1998), la relación actitud-intención (p. ej. Armitage y Conner, 2000; Jonas, Diehl y Bromer, 1997), la relación actitud-conducta (p. ej. Lavine, Thomsen, Zanna y Borgida, 1998), o en su influencia sobre la accesibilidad de las actitudes (p. ej. Jonas, Bromer y Diehl, 2000). El

desarrollo de índices de medida directos e indirectos de la ambivalencia, así como de los distintos tipos de ambivalencia cognitiva, evaluativa o cognitivo-evaluativa es un tema polémico que todavía no ha conseguido un elevado consenso entre los investigadores (véanse Conner y Sparks, 2002; Jonas *et al.*, 2000).

Algunos de los indicadores que miden la dimensión afectivo-evaluativa de la ambivalencia actitudinal utilizan en sus escalas conceptos emocionales (p. ej. emociones básicas como alegría, tristeza o ira asociadas al objeto o conducta de actitud). Sin embargo, el uso de estos términos emocionales no necesariamente implica que la persona que responde el cuestionario haya sentido o vaya a sentir esa emoción al realizar dicha conducta o relacionarse con ese objeto. Podría ocurrir que cuando el participante asocia el objeto de actitud con la alegría, por ejemplo, en realidad sólo estuviera informando que considera o evalúa positivamente esa conducta u objeto, pero esto no implica que la persona experimente realmente una emoción como la alegría (p. ej. que nos guste una determinada comida no significa que experimentemos alegría cuando la comemos). La consideración de las emociones como un *episodio afectivo* (véanse Russell y Feldman-Barrett, 1999), esto es, un paréntesis en el estado de ánimo de las personas, con cambios cognitivos, psicofisiológicos y conductuales específicos, con un principio y final definido, con un referente claro y la mayoría de las veces asociado a niveles altos de activación (Frijda, 1988), son exigencias que no siempre se han considerado en el componente evaluativo de las actitudes. No parece adecuado concluir que por preguntar si ante determinado objeto o conducta el participante responde que lo asocia más a una emoción que a otra, realmente esto signifique que dicho estímulo provoca un episodio emocional. Parece más plausible que consideremos estas respuestas como evaluaciones afectivas y no como emociones, algo que Russell y Feldman-Barrett (1999) denominan *core affect* para diferenciarlo de las experiencias emocionales

específicas que se categorizan con las etiquetas emocionales básicas (alegría, tristeza, ira, miedo).

Si partimos de los modelos teóricos que se han planteado sobre la estructura del afecto, la posibilidad de que existan realmente emociones ambivalentes o mixtas, es decir emociones de signo opuesto que se experimenten al mismo tiempo, nos lleva a otra polémica aún abierta (véase *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 76, n° 5, 1999). Para algunos investigadores la estructura del afecto es claramente bipolar (Brehm, 1999; Green, Goldman y Salovey, 1993; Remington, Fabrigar y Visser, 2000; Russell, 1980; Russell y Carroll, 1999) definida por dos dimensiones ortogonales con polos opuestos (placer-displacer; activación-relajación). En esta estructura dos emociones situadas en cuadrantes opuestos no pueden experimentarse al mismo tiempo: están recíproca y negativamente relacionadas. Para esta perspectiva teórica si uno siente alegría no puede sentir simultáneamente miedo o tristeza y viceversa. Frente a estas alternativas, Cacioppo y Bertsou (1994) proponen un modelo del afecto bivariado, el *modelo del espacio afectivo*, en el que dos emociones de signo opuesto pueden estar recíproca y negativamente relacionadas pero también positivamente relacionadas o incluso no relacionadas. En este modelo se plantea como substrato de la respuesta emocional dos sistemas neuropsicológicos independientes, uno para el afecto positivo-atracción, y otro para el negativo-evitación, de manera que es posible que en determinadas circunstancias ambos estén activados dando lugar a experiencias emocionales mixtas de signos opuestos. Larsen, McGraw y Cacioppo (2001) han encontrado situaciones complejas (p. ej. el último día en el instituto antes de ingresar a la universidad) en las que los participantes informan de experiencias mixtas de alegría y tristeza.

La evidencia empírica que sustenta ambas perspectivas es amplia, y actualmente se están desarrollando medidas de control que permiten abordar de manera más objetiva las relaciones entre el afecto positivo y negativo (Cacioppo,

Gardner y Berntson, 1999; Green, Salovey y Truax, 1999; Russell y Carroll, 1999; Oceja y Carrera, 2003; Carrera y Oceja, e.r.). En este trabajo no entraremos a polemizar sobre si la experiencia de emociones mixtas es un artefacto metodológico, estadístico o una realidad fenomenológica. Nos limitaremos a explorar el papel que los informes sobre experiencias emocionales complejas, en los que se incluyen de manera simultánea afectos de valencia opuesta, tienen sobre la intención de repetir una conducta de riesgo muy frecuente entre la población juvenil: *viajar en un vehículo sabiendo que el conductor/a ha bebido alcohol en exceso*. La relación entre alcohol y accidentes de tráfico parece ser muy estrecha (Álvarez y Del Río, 2000) e implica graves consecuencias sociales que parecen apuntar a *estilos de vida* en los que se incluyen otras conductas de riesgo y factores psicosociales concretos (véase Carrasco, 2004).

Para explorar el papel de la experiencia emocional mixta en la predicción de las conductas de riesgo recogeremos información sobre las emociones asociadas a la realización del comportamiento de riesgo elegido. Con estos datos confirmaremos si a esta conducta se asocian experiencias emocionales mixtas (p. ej. alegría y miedo), de manera que podamos evaluar su peso en la intención de repetirla en el futuro inmediato. Para diferenciar nuestros resultados sobre la experiencia emocional recordada de trabajos previos llevados a cabo en torno a la ambivalencia actitudinal en la dimensión afectivo-evaluativa (evaluaciones positivas y negativas sobre un objeto de actitud), en el presente trabajo hablaremos de *experiencia emocional mixta o ambivalente*.

MÉTODO

Participantes y procedimiento

Una muestra de 98 estudiantes (78 mujeres y 20 varones) de la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Madrid, con una

media de edad de 20 años colaboraron en este trabajo. Todos ellos tenían experiencia en la conducta de riesgo seleccionada: "montar en un coche sabiendo que el conductor/a ha bebido alcohol en exceso". Diseñamos un cuestionario, que garantizaba el anonimato, para recoger la siguiente información:

- Datos personales: edad, sexo, experiencia en montar en un vehículo sabiendo que el conductor/a ha bebido alcohol en exceso, frecuencia de dicha conducta (de 0 = nunca, a 3 = muchas veces), y tiempo transcurrido desde la última (de 1 = unos días, a 4 = más de un año).
- Actitud de los participantes hacia la conducta seleccionada, que se midió con una escala de 7 puntos (de altamente negativa a altamente positiva) como respuesta a la pregunta: "*¿Cómo valoras la conducta de montar en un coche sabiendo que su conductor/a ha bebido alcohol en exceso?*".
- Evaluación de la probabilidad de que a la conducta seleccionada le sigan consecuencias positivas con una escala de 7 puntos (de poco probable a muy probable).
- Evaluación de la probabilidad de que a la conducta seleccionada le sigan consecuencias negativas con una escala de 7 puntos (de poco probable a muy probable).
- La experiencia emocional que los sujetos recordaban haber sentido cuando realizaban la conducta seleccionada se midió con seis categorías emocionales básicas (alegría, miedo, ira, culpa, tristeza y sorpresa). Se pidió que describiesen la experiencia emocional sentida antes, durante y después de realizar la conducta de riesgo. La intensidad de esta experiencia se midió con escalas de 7 puntos (de ninguna intensidad a muy alta intensidad). Los participantes eran libres de señalar ninguna, una o más emociones relevantes en cada uno de los intervalos de tiempo señalados.

- La intención de repetir la conducta de riesgo en el futuro inmediato se midió con una escala de 7 puntos (de muy improbable a altamente probable) como respuesta a la pregunta: "*¿Cómo de probable es tu intención de repetir esta conducta en el futuro inmediato?*".

RESULTADOS

Dado el diferente número de varones y mujeres en la muestra a la que tuvimos acceso, realizamos en primer lugar algunos análisis descriptivos que nos permitieran comprobar que para las principales variables analizadas estas diferencias no eran relevantes. Realizando análisis con la prueba *t* para muestras independientes entre varones y mujeres en las siguientes variables: actitud general (*M* varones = 2.3 *versus* *M* mujeres = 1.93), valoración de los amigos (*M* varones = 2.8 *versus* *M* mujeres = 2.8), control percibido (*M* varones = 3.4 *versus* *M* mujeres = 3.72) e intención de repetir la conducta en el futuro inmediato (*M* varones = 2.73 *versus* *M* mujeres = 2.01), no se encontraron diferencias significativas en ninguna de las comparaciones ($p > .05$).

Para explorar la experiencia emocional mixta o ambivalente sentida al realizar una conducta de riesgo como la seleccionada (*viajar en un vehículo sabiendo que el conductor/a ha bebido alcohol en exceso*) utilizamos uno de los indicadores de ambivalencia más consensuados en el campo de las actitudes, el propuesto por Thompson, Zanna y Griffin (1995), índice que tiene en cuenta no sólo la presencia de información de valencia opuesta, sino también el grado de semejanza de sus intensidades:

Ambivalencia = (afecto positivo + afecto negativo)/2 - lafecto positivo-afecto negativo

Para ello utilizamos la experiencia emocional recordada por los sujetos cuando realizaron la conducta de riesgo: la emoción de alegría como indicador de afecto positivo, y la de

miedo como indicador de afecto negativo. Debemos señalar que la muestra de participantes con experiencia presentó una frecuencia en este tipo de conducta de riesgo moderada en una escala de cuatro puntos ($M = 1.6$), y que la última vez de su realización era relativamente reciente: unas semanas ($M = 2.8$).

Calculamos esta experiencia emocional mixta o ambivalente en los tres momentos temporales más relevantes: antes, durante y después de realizar la conducta de riesgo. La mayor ambivalencia emocional se presentó antes de realizar la conducta ($M = .90$, $DS = 2.03$), seguida de la experiencia emocional durante la realización de la conducta de riesgo ($M = .53$, $DS = 2.12$), mientras que el momento de menor ambivalencia se registró una vez terminada la conducta ($M = .14$, $DS = 1.69$). Realizamos igualmente una comparación en los niveles de ambivalencia antes y después de realizar la conducta entre varones y mujeres no mostrando diferencias significativas ninguna de las comparaciones ($p > .05$): antes (M varones = .42 *versus* M mujeres = .97) y después (M varones = -.23 *versus* M mujeres = .24). Estos resultados nos llevaron a comparar únicamente los momentos extremos, los de antes y después de realizar la conducta y no diferenciar aquí tampoco entre varones y mujeres. Los resultados mostraron que había diferencias significativas entre ambos: $t(89) = 2.80$, $p < .05$; la media de experiencia emocional mixta o ambivalente fue mayor antes que después. Parece que la incertidumbre del resultado antes de realizar la conducta arriesgada genera emociones más ambivalentes que después de conocer el resultado (en ninguno de los casos hubo consecuencias negativas graves para los participantes).

Como medidas de control previas, para evitar sobreestimaciones por multicolinealidad, calculamos las correlaciones entre la valoración de la conducta de riesgo (actitud) y las dos medidas de experiencia emocional mixta o ambivalente. La correlación entre actitud y experiencia emocional mixta no fue en ninguno de los casos elevada (antes $r(98) = .33$ y después

$r(98) = -.05$). Estos resultados indican que las medidas evaluativas no se solapan con las emocionales, y al menos en el caso de la conducta seleccionada, es adecuado estudiar el papel diferencial que ejercen ambas sobre la intención conductual, así como sus relaciones de mutua influencia.

Para comenzar a explorar el papel de la experiencia emocional mixta en la predicción de la intención conductual, quisimos ver si las diferencias entre participantes con alta y baja intención de volver a realizar la conducta de riesgo se reflejaban en la medida de actitud y en las medidas de experiencia emocional mixta o ambivalente. En primer lugar, dividimos la muestra en jóvenes con alta intención de repetir la conducta (puntuaciones mayores o iguales a 5, $N = 10$) y los que tenían baja intención de volver a realizarla (puntuaciones menores o iguales a 3, $N = 78$). Aunque no son muestras numéricamente equivalentes nos pareció relevante explorar estas diferencias. En la medida de actitud, las diferencias fueron significativas, $t(86) = -4.06$, $p < .05$. También lo fueron en la medida de experiencia emocional mixta o ambivalente después de realizar la conducta, $t(80) = 2.15$, $p < .05$, pero no hubo diferencias en la experiencia emocional mixta o ambivalente antes de realizar la conducta $t(82) = -.76$, $p = .44$. Estos resultados nos indican que tanto los participantes que informaron de una actitud más negativa como los que experimentaron mayor experiencia emocional mixta después de realizarla, informaron una menor intención de repetir esa conducta en el futuro. La experiencia emocional mixta antes de realizar la conducta no parece que determine las diferencias entre los altos y bajos en intención de repetir la conducta arriesgada.

En el grupo con baja intención de repetir la conducta de riesgo, la intensidad emocional que recuerdan haber experimentado después de realizar la conducta fue más similar para la alegría y el miedo ($M = 3.78$ y $M = 2.75$ respectivamente) que en el grupo con alta intención de volver a realizar dicha conducta de riesgo ($M = 4.33$ y $M = 1.55$ respec-

tivamente). Los diferentes tamaños muestrales hacen que en ambos casos las diferencias sean significativas ($p < .05$).

Para explorar la diferencia entre actitud (componente evaluativo) y emoción, calculamos la correlación entre el índice de experiencia emocional mixta o ambivalente y la ambivalencia actitudinal medida en su componente evaluativo. En ambos casos se aplicó el índice de ambivalencia de Thompson *et al.* (1995). En el caso de las emociones sobre la experiencia de alegría y miedo informada y para el componente evaluativo de la actitud, utilizamos la probabilidad de consecuencias positivas y negativas que los participantes asociaban a la conducta de riesgo estudiada. La evaluación de las consecuencias como positivas o negativas y su probabilidad de ocurrencia es un cálculo que no necesariamente se tiene que corresponder con las emociones experimentadas al realizar la conducta. Los resultados apoyaron esta diferenciación dado que la correlación entre ambos índices no fue significativa ($r(97) = .12$, $p = .25$). Esta falta de solapamiento nos indica que la valoración racional de lo positivo y de lo negativo que se asocia al objeto de actitud no se traduce en una experiencia emocional equivalente.

Para explorar el papel que la información emocional y actitudinal jugaba en la predicción de la intención de repetir la conducta de riesgo, realizamos en primer lugar un análisis de regresión jerárquico con las medidas de actitud, y las de experiencia emocional mixta o ambivalente en los tres momentos: antes, durante y después. El primer modelo mostró que la actitud explicaba el 22% de la intención de repetir la conducta de riesgo ($\beta = .47$, $p < .05$). En un segundo modelo, al introducir la actitud y la experiencia emocional mixta o ambivalente después de realizada la conducta, se produjo un incremento de explicación significativo $p < .05$, llegando a un 26 %, siendo la actitud de nuevo dominante ($\beta = .46$, $p < .05$). La experiencia emocional mixta después de la realización de la conducta se mostró igualmente significativa ($\beta = -.18$, $p < .05$). La experiencia emocional antes y durante

la realización de la conducta de riesgo no tuvo influencia significativa en la predicción de la intención de volver a realizar la conducta de riesgo.

Para controlar los niveles de variabilidad de los factores, repetimos este análisis de regresión con las medidas transformadas en puntuaciones normalizadas (z), incluyendo en el análisis de regresión jerárquico el producto de la medida de actitud y la experiencia emocional mixta. Cuando se introducía el producto, la capacidad de explicación del modelo aumentaba significativamente a un 30.8% ($p < .05$), siendo el peso de este producto significativo ($\beta = -.247$, $p < .05$). Los resultados de esta interacción muestran cómo a medida que la actitud sobre la conducta de riesgo es más favorable y la experiencia emocional mixta después de realizada la conducta se reduce, aumenta la intención de repetir la conducta en el futuro.

El resultado significativo del producto de la actitud por la experiencia emocional mixta después de realizada la conducta nos sugiere el posible efecto moderador que podría tener la experiencia emocional mixta sobre las relaciones entre actitud e intención conductual. Para explorar este papel recategorizamos la variable de experiencia emocional mixta en cuatro niveles (de baja a alta experiencia emocional ambivalente), y calculamos las correlaciones entre actitud e intención en cada uno de estos subgrupos. Cuando la experiencia emocional era menos ambivalente la relación entre actitud e intención era mayor ($r(20) = .54$, $p < .05$) que cuando ese nivel de ambivalencia iba aumentando ($r(36) = .58$, $p < .05$; $r(15) = .43$, $p > .05$ y por último $r(19) = .19$, $p > .05$). Este resultado indica un efecto moderador de la experiencia emocional recordada sobre las relaciones entre actitudes e intención conductual. A medida que aumenta la experiencia emocional mixta o ambivalente encontramos que las actitudes predicen menos la intención conductual (véase figura 1). En estudios previos sobre la conducta de beber alcohol la ambivalencia actitudinal (ba-

sada en evaluaciones y no emociones experimentadas) ya ha mostrado una moderación de las relaciones entre actitudes y conducta (Priester y Petty, 2001).

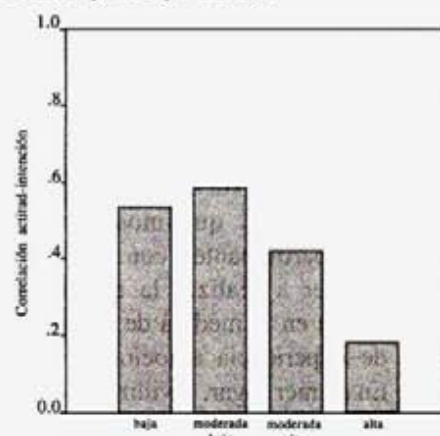


Figura 1. Efecto modulador de la experiencia emocional mixta sobre la correlación actitud-conducta.

Por último, para contrastar de nuevo el peso diferencial y complementario que la experiencia emocional tiene en comparación con la información de carácter evaluativo (actitud y ambivalencia actitudinal) realizamos un análisis de regresión jerárquico con esas tres medidas (actitud, ambivalencia actitudinal y experiencia emocional mixta o ambivalente después de realizada la conducta) sobre la intención de repetir la conducta en el futuro. Los resultados de este análisis mostraron que si bien hay un incremento significativo en la explicación al añadir a la medida de actitud (que sigue siendo el factor explicativo dominante) la información sobre la experiencia emocional mixta después de realizada la conducta ($p < .05$), no se produce ninguna mejora al añadir el índice de ambivalencia actitudinal ($p = .35$), que recordamos se calculó a partir de las consecuencias positivas y negativas asociadas a la conducta.

DISCUSIÓN

La investigación sobre el papel de las actitudes en la explicación y predicción del compor-

tamiento humano ha estado a cargo de la perspectiva más racional de la toma de decisiones: la TAR (Fishbein y Ajzen, 1975) y la TCP (Ajzen, 1988, 1991). Ambas han aportado estrategias de análisis muy productivas. La propuesta de dos sistemas de procesamiento, uno central, racional y analítico, y otro superficial, rápido y basado en heurísticos viene generando en las últimas décadas una ingente investigación sobre formación y cambio de actitudes y sus consecuencias en el comportamiento (Bargh, Chen y Burrows, 1996; Cialdini, 1993; Chaiken, 1980; Fazio, 1990; Petty y Cacioppo, 1986). Tras numerosos debates y polémicas parece que todos los autores están de acuerdo en considerar el componente *evaluativo* de las actitudes como el más relevante (Ajzen y Fishbein, 2000). La medida de esta dimensión se viene realizando con escalas de intensidad que suelen definirse con etiquetas verbales dependientes semánticamente de la dimensión afectiva de placer-displacer. La medida del componente afectivo de las actitudes suele hacer referencia a emociones y sentimientos específicos asociados al objeto de actitud; al igual que el componente cognitivo suele medirse preguntando por los pensamientos y creencias asociados (véanse Eagly y Chaiken, 1998). Recientemente, el desarrollo de medidas abiertas-cerradas (*open-ended measures*) ha focalizado la cuestión, en el caso de la dimensión afectiva, sobre las emociones o sentimientos que el participante experimenta personalmente como respuesta al objeto de actitud (Esses y Maio, 2002); una alternativa más ecológica que permite a los participantes hablar de las emociones realmente sentidas.

En este trabajo hemos querido explorar el papel que la experiencia emocional juega en la predicción de las conductas de riesgo, una información que queremos diferenciar del componente afectivo-evaluativo de las actitudes. Los límites entre evaluaciones y afectos son difusos para algunos autores (Fishbein y Ajzen, 1975; Murphy y Zajonc, 1993), mientras que para otros están claramente definidos (Giner-Sorolla, 1999; Schwartz y Clore, 1996). Sin

entrar en la polémica, creemos que las mutuas influencias entre ambos conceptos permiten abordarlos de manera complementaria aunque diferenciada. Cuando trabajamos con conductas de riesgo para la salud, en nuestro caso la conducta frecuente entre los jóvenes de viajar en un vehículo sabiendo que el conductor/a ha bebido alcohol en exceso, el panorama de la respuesta afectiva se complica aún más dado que estas conductas suelen asociarse tanto con consecuencias positivas como negativas.

El grupo de jóvenes que colaboró en este trabajo había tenido experiencia reciente en la conducta de riesgo estudiada, y esto nos permitió recoger información sobre la experiencia emocional que recordaban haber sentido al realizarla y no sólo medir la dimensión evaluativa asociada a la misma. En primer lugar, constatamos que la experiencia emocional recordaba incluía emociones mixtas, esto es, emociones de valencia opuesta en los tres momentos temporales analizados (antes, durante y después de realizar la conducta). La alegría y el miedo se citaban siempre. Si bien los datos sobre estas dos emociones no permiten diferenciar si se habían vivido de manera secuencial o simultánea (véanse Oceja y Carrera, 2003; Carrera y Oceja, e.r.), parecía relevante calcular el índice de ambivalencia de dicha experiencia emocional.

Los primeros resultados mostraron correlaciones bajas entre la medida de actitud y el índice de ambivalencia actitudinal, siendo mucho menores sus correlaciones con la experiencia emocional mixta o ambivalente. Esto nos indica que las medidas de actitud, no agotan la información derivada de la experiencia emocional real. Aunque el grado de ambivalencia en la experiencia emocional fuera mayor antes de realizar la conducta de riesgo que después, probablemente por la incertidumbre ante las posibles consecuencias negativas, este indicador no se mostró relevante para la predicción de la intención de repetir la conducta. Fueron la experiencia afectiva después de realizada la conducta, junto con la actitud global, las que

mejor predecían la intención conductual futura. Si bien el aumento de significación añadido por la experiencia emocional mixta fue significativo, su porcentaje no fue muy elevado. Este resultado señala que los jóvenes con actitudes más negativas hacia la conducta de riesgo y mayores niveles de experiencia emocional mixta o ambivalente, tienen menor intención de repetirla, resultado que es coherente con estudios previos donde la ambivalencia actitudinal predecía comportamientos más cautelosos y analíticos (Hänze, 2001).

Los resultados de la regresión en la que se incluía el producto entre la medida de actitud y la de experiencia emocional mixta después de realizar la conducta fueron significativos, indicando que la experiencia emocional puede estar actuando como variable moderadora de la influencia de las actitudes sobre la intención conductual. Las correlaciones diferenciales en-

contradas en los distintos niveles de tensión emocional señalan que las actitudes aparecen como mejores predictores de la intención conductual cuando éstos son bajos y dejan progresivamente de tener relevancia cuando el nivel de tensión es mayor. Unos resultados que confirman análisis previos donde la ambivalencia actitudinal moderaba la influencia de las actitudes en los comportamientos (Priester y Petty, 2001).

Esta información nos puede ayudar a elaborar mensajes persuasivos de conductas de protección que no sólo tengan en cuenta las consecuencias racionales que se asocian a las conductas de riesgo sino también las experiencias emocionales que llevan asociadas y que pueden cambiar la relevancia de los cambios de actitud conseguidos con las campañas. Sin duda es una alternativa a explorar en investigaciones futuras.

REFERENCIAS

- Albarracín, D., Johnson, B.T., Fishbein, M. & Muellerleile, P.A. (2001). Theories of reasoned action and planned behavior as models of condom use: a meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 127, 142-161.
- Álvarez, F.J. & Del Río, M.C. (2000). Alcohol y accidentes de tráfico: ¿Hemos progresado en estos últimos 25 años? *Revista Española de Drogodependencias*, 25, (4), 377-384.
- Ajzen, I. (1988). *Attitudes, personality and behavior*. Chicago: Dorsey.
- Ajzen, I. (1991). The theory of planned behavior. *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 50, 179-211.
- Ajzen, I. & Fishbein, M. (1977). Attitude-behavior relations: A theoretical analysis and review of empirical research. *Psychological Bulletin*, 84, 888-918.
- Ajzen, I. & Fishbein, M. (2000). Attitudes and the attitude-behavior relation: reasoned and automatic processes. En W. Stroebe & M. Hewstone (eds.), *European Review of Social Psychology*, 11, (pp. 1-33). Wiley.
- Armitage, C.J. & Conner, M. (2000). The effects of ambivalence on attitude stability and pliability, prediction of behavior, and information processing. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 26, 1432-1443.
- Bargh, J.A., Chen, M. & Burrows, L. (1996). Automaticity of social behavior: Direct effects of trait construct and stereotype activation on action. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71, 230-244.
- Blanco, A., Sánchez, F., Carrera, P., Caballero, A. & Rojas, D. (2000). Supuestos teóricos para un modelo psicosocial de las conductas de riesgo. En S. Yubero (comp.), *Sida: una visión multidisciplinar*. Cuenca: Servicio de Publicaciones de la UCLM.
- Brehm, J. (1999). The intensity of emotion. *Personality and Social Psychology Review*, 3, 2-22.
- Caballero, A., Carrera, P., Sánchez, F., Muñoz, D. & Blanco, A. (2003). La experiencia emocional como predictor de los comportamientos de riesgo. *Psicothema*, 15, 427-432.
- Cacioppo, J.T. & Berntson, G.G. (1994). Relationship between attitudes and evaluative space: A critical review, with emphasis on the separability of positive and negative substrates. *Psychological Bulletin*, 115, 401-423.
- Cacioppo, J.T. & Gardner, W.L. (1999). Emotion. *Annual Review of Psychology*, 50, 191-214.

- Cacioppo, J.T., Gardner, W.L. & Berntson, G.G. (1999). The affect system has parallel and integrative processing components: form follows function. *Journal of Personality and Social Psychology*, 76, 839-855.
- Carrera, P. & Oceja, L. (c.r.). Drawing emotions: Mixed emotions, sequential or simultaneous experiences? *Manuscrito enviado a revisión*.
- Carrasco, A.M. (2004). Factores psicosociales y comportamientos de salud relacionados con el consumo de alcohol en adolescentes: un análisis multivariable. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 36, 125-144.
- Chaiken, S. (1980). Heuristic versus systematic information processing and the used of source versus message cues in persuasion. *Journal of Personality and Social Psychology*, 39, 752-766.
- Cialdini, R.B. (1993). *Influence: Science and Practice* (3rd ed.). Glenview, IL: Scott, Foresman.
- Conner, M.T. & Sparks, P. (2002). Ambivalence and Attitudes. En W. Stroebe & M. Hewstone (eds.), *European Review of Social Psychology*, 12 (pp. 37-70). Wiley.
- Conner, M.T., Sherlock, K. & Orbell, S. (1998). Psychosocial determinants of ecstasy use in young people in the UK. *British Journal of Health Psychology*, 3, 295-317.
- Eagly, A.H. & Chaiken, S. (1993). *The psychology of attitudes*. Fort Worth, TX: Harcourt Brace Jovanovich.
- Eagly, A.H. & Chaiken, S. (1998). Attitude structure and function. En D. T. Gilbert, S.T. Fiske & G. Lindzey (eds.), *Handbook of Social Psychology* (4th ed., vol. 2, pp. 269-322). Boston, MA: McGraw-Hill.
- Esses, V.M. & Maio, G.R. (2002). Expanding the assessment of attitude components and structure: the benefits of open-ended measures. En W. Stroebe & M. Hewstone (eds.), *European Review of Social Psychology*, 12, 71-102. Wiley.
- Fazio, R.H. (1990). Multiple processes by which attitudes guide behavior: The MODE model as an integrative framework. En M.P. Zanna (ed.), *Advances in Experimental Social Psychology* (vol. 23, pp. 75-109). San Diego, CA: Academic Press.
- Fishbein, M. (1980). A theory of reasoned action: Some applications and implications. En H.E. Howe Jr. & M.M. Page (eds.), *Nebraska Symposium on Motivation*, 1979, 27, (pp. 65-116). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Fishbein, M. & Ajzen, I. (1975). *Belief, attitude, intention, and behavior: an introduction to theory and research*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Frijda, N.H. (1988). *The emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Giner-Sorolla, R. (1999). Affect in attitude. Immediate and deliberative perspectives. En S. Chaiken & Y. Trope (Eds.), *Dual process theories in social psychology* (pp.441-461). Nueva York: Guilford.
- Giner-Sorolla, R. (2001). Affective Attitudes are not always faster: the moderating role of extremity. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 27, 666-677.
- Green, R.F., Goldman, S.L. & Salovey, P. (1993). Measurement error masks bipolarity in affect ratings. *Journal of Personality and Social Psychology*, 64, 1029-1041.
- Green, D.P., Salovey, P. & Truax, K.M. (1999). Static, dynamic, and causative bipolarity of affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 76, 856-867.
- Hänze, M. (2001). Ambivalence, conflict, and decision making: attitudes and feelings in Germany towards NATO's military intervention in the Kosovo war. *European Journal of Social Psychology*, 31, 693-706.
- Jonas, K., Broemer, P. & Diehl, M. (2000). Attitudinal Ambivalence as a moderator of the consistency between attitudes and behaviors. *Zeitschrift für Sozialpsychologie*, 31.
- Jonas, K., Diehl, M. & Broemer, P. (1997). Effects of attitudinal ambivalence as a moderator of the consistency between attitudes and behaviors. *Journal of Experimental Social Psychology*, 33, 190-210.
- Kaplan, K.J. (1972). On the ambivalence-indifference problem in attitude theory and measurement. A suggested modification of the semantic differential technique. *Psychological Bulletin*, 77, 361-372.
- Larsen, J.T., McGraw, A.P. & Cacioppo, J.T. (2001). Can people feel happy and sad at the same time? *Journal of Personality and Social Psychology*, 81, 684-696.
- Lavine, H., Thomsen, C.J., Zanna, M.P. & Borgida, E. (1998). On the primacy of affect in the determination of attitudes and behavior: The moderating role of affective-cognitive ambivalence. *Journal of Experimental Social Psychology*, 34, 398-421.
- Murphy, S.T. & Zajonc, R.B. (1993). Affect, cognition, and awareness: Affective priming with optimal and suboptimal stimulus exposures. *Journal of Personality and Social Psychology*, 64, 723-739.
- Oceja, L. & Carrera, P. (2003). *Mixed emotional experiences*. Poster presentado en Annual Meeting of the Society for Personality and Social Psychology. LA, USA.
- Petty, R.E. & Cacioppo, J.T. (1986). The Elaboration Likelihood Model of persuasion. En L. Berkowitz (ed.), *Advances in Experimental Social Psychology* (vol. 19, pp. 123-205). Nueva York: Academic Press.

- Priester, J.R. & Petty, R.E. (2001). Extending the bases of subjective attitudinal ambivalence: Interpersonal and intrapersonal antecedents of evaluative tension. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71, 431-449.
- Remington, N.A., Fabrigar, L.R. & Visser, P.S. (2000). Reexamining the circumplex model of affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 79, 286-300.
- Russell, J.A. (1980). A circumplex model of affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 39, 1161-1178.
- Russell, J.A. & Carroll, J.M. (1999). On the bipolarity of positive and negative affect. *Psychological Bulletin*, 125, 3-30.
- Russell, J.A. & Feldman-Barrett, L. (1999). Core affect, prototypical emotional episodes, and other things called *emotion*: Dissecting the elephant. *Journal of Personality and Social Psychology*, 76, 805-819.
- Sánchez, F., Caballero, A., Carrera, P., Blanco, A. & Pizarro, B. (2001). Sexual risk behaviour and emotional experience. *International Review of Social Psychology*, 14, 7-20.
- Scott, W.A. (1969). Structure of natural cognitions. *Journal of Personality and Social Psychology*, 4, 261-278.
- Sheeran, P. (2002). Intention-behavior relations: a conceptual and empirical review. *Journal of Personality and Social Psychology*, 12, 1-36.
- Schwartz, N. & Clore, G.L. (1996). Feelings and phenomenal experiences: En E.T. Higgins & A.W. Kruglanski (eds.), *Social Psychology: Handbook of Basic Principles* (pp. 433-465). New York: Guilford.
- Thompson, M.M., Zanna, M.P. & Griffin, D.W. (1995). Let's not be indifferent about attitudinal ambivalence. En R.E. Petty & J.A. Krosnick (Eds.), *Attitude Strength: Antecedent and Consequences* (pp. 361-386). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Wilson, T.D. & Hodge, S.D. (1992). Attitudes as temporary constructions. En L.L. Martin & A. Tesser (eds.), *The Construction of Social Judgment* (pp. 37-65). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Whitten, K.L., Rein, M.F., Land, D.J., Reppucci, N.D. & Turkheimer, E. (2003). The emotional experience of intercourse and sexually transmitted diseases. *American Sexually Transmitted Diseases*, 348-356.
- Zanna, M.P. & Rempel, J.K. (1988). Attitudes: A new look at an old concept. En D. Bar-Tal & A.W. Kruglanski (eds.), *The Social Psychology of Knowledge* (pp. 315-334). Cambridge: Cambridge University Press.

Recepción: Febrero de 2004

Aceptación final: Octubre de 2004